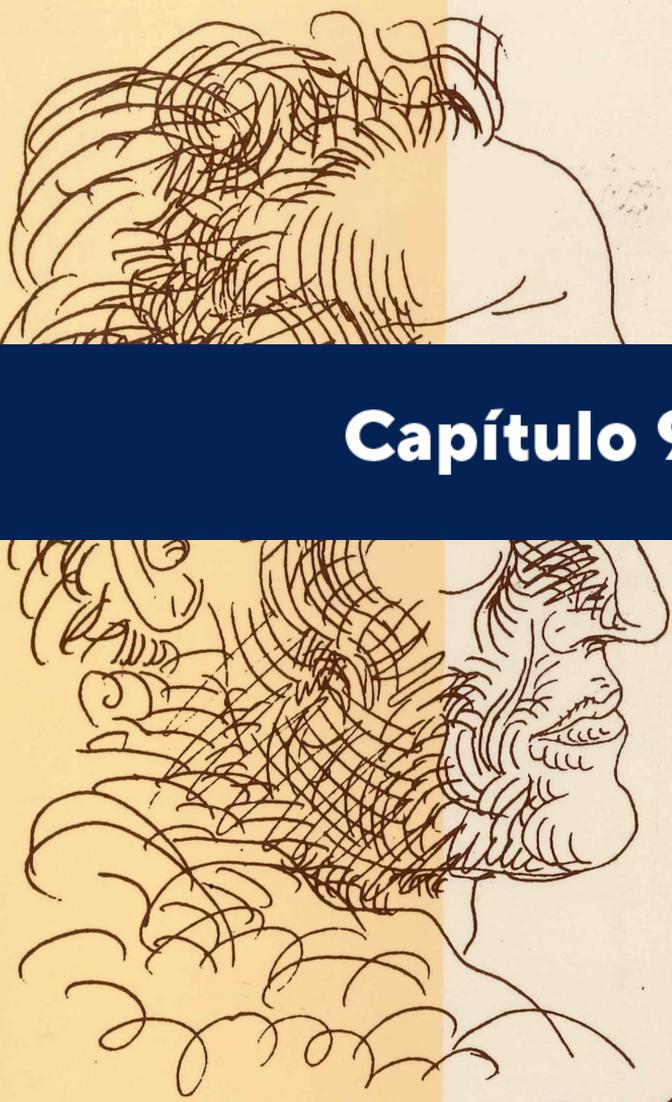


# INTENSIDAD Y ALTURA DE CESAR VALLEJO

## Capítulo 9



Enrique Carrión Ordóñez  
Luis Jaime Cisneros  
Leopoldo Chiappo  
Ricardo Falla  
Antonio González Montes  
Gustavo Gutiérrez  
Eduardo Hopkins Rodríguez  
Jorge Kishimoto Yoshimura  
Estuardo Núñez  
César Real Ramos  
Iván Rodríguez Chávez  
Julio Vélez  
Emilio Adolfo Westphalen  
Jorge Wiese Rebagliati

Ricardo González Vigil  
(editor)

*P. Ch. 10.*  
*9.6.38.*



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU  
FONDO EDITORIAL 1993

Primera edición, diciembre de 1993

*Edición al cuidado de Miguel Angel Rodríguez Rea*

*Intensidad y altura de César Vallejo*

Copyright © 1993 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, Cuadra 18, San Miguel, Apartado 1761. Lima, Perú. Tlfs. 626390, y 622540, Anexo 220.

*Derechos reservados*

ISBN 83-262-312

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

## VALLEJO, LECTOR POETICO DE DANTE\*

Leopoldo Chiappo  
(Universidad Peruana Cayetano Heredia)

Se requiere la explicación del título. Y eso nos revelará el propósito de esta exposición. Lector es quien realiza de manera asidua y profunda la ennoblecedora actividad de leer. Pero leyente es quien está haciendo de manera actual el acto de descifrar los silenciosos sonidos cifrados en signos diseñados para conservar los pensamientos del autor. Y es así que leer consiste, como escribió Quevedo, "en escuchar con los ojos a los muertos". El leyente, entonces, tiene que adueñarse intelectual, imaginal y emocionalmente del contenido del texto leído, contenido objetivo que sería el pensamiento pensado por el autor. El leyente es un intérprete. Y la eficacia de su operación dependería de la lealtad con que refleja en su conciencia ese contenido. El leyente perfecto reproduce en su pensar el pensar del autor del texto. Es una forma en que el animal humano "ha aprendido a no morir" (Julián Huxley), siendo autor, o resucitado éste por el lector. El lector es el leyente habitual. Y si ama la palabra anidada en los libros es más que un bibliófilo; es, si se me permite el neologismo, un *logófilo*, es decir, un amigo de la palabra, un frecuentador enamorado e inteligente de la palabra alada que la escritura preserva para nuevos vuelos, ya interiores.

Pero un lector poético es algo más que un simple lector y que un riguroso leyente, receptores atentos a la lealtad interpretativa.

---

\* Exposición en el Coloquio Internacional en homenaje a César Vallejo con motivo del Centenario de su nacimiento, organizado por la Pontificia Universidad Católica del Perú, la Universidad de Salamanca y la Embajada de España. Viernes, 27 de marzo de 1992.

Tampoco se trata de que para ser lector poético tengamos que pensar forzosamente en un poeta profesional que lee o que pueda ser acusado de ejercicio ilegal de la poesía. Lector poético es el que en el acto de leer realiza "poiesis", creación. Podría decirse lector "poiésico", para evitar confusiones. Y en esto se distingue del lector común, que en verdad es un lector hermenéutico, intérprete de la voluntad expresiva del autor. El lector poético es un lector constructivo. Es entonces que de un modo profundo, sutil y nuevo la palabra ajena puede ser apropiada y así injertada en la propia creación del lector poético. Es la reverberación del sentido de la palabra leída en la mente del lector creador.

Es de lo que se trata en esta exposición, mostrar cómo Vallejo ha realizado una actividad de lector poético, constructivo, de Dante a partir de dos textos poéticos. Puede verse el contraste con una lectura interpretativa del profundamente místico espíritu dantiano en un texto en prosa y que a la vez revela en Vallejo la marca de una espiritualidad hondamente religiosa. Los textos poéticos son: 1. Del "Himno a los voluntarios de la República"; 2. Del poema "Me viene, hay días, una gana..."; y 3. De la tesis *El Romanticismo en la poesía castellana*. Sobre los textos 1 y 3 le debo a Ricardo González Vigil el hecho de haberme llamado la atención sobre ellos. Respecto al texto 2, agradezco a Roberto Paoli la carta que me enviara desde Florencia en la que me señala en su libro *Mapas anatómicos de César Vallejo* el lugar en que veo confirmada mi visión del texto vallejiano.

Comenzaremos por el texto de la tesis de Vallejo. Se trata del amor, del gran amor. El mismo que encendía a Dante. Como hace notar González Vigil "La concepción dantesca (o dantiana) del Amor, según Vallejo, remite a la noción platónica de "nostalgia" del Cielo (Topus Uranus) y al proceso de recordar la visión que tuvimos de las Ideas antes de nacer y que permanecía como "olvidada" dentro de nosotros (en nuestro "seno")"<sup>1</sup>. Vallejo

---

1. Ricardo González Vigil, *Retablo de autores peruanos*. Lima, Ediciones. Arco Iris, 1990, p. 344.

penetra en la esencia del eros amoroso en Dante, el amor beatificador de la beatificadora, Beatrice, Beatriz. Estas son las palabras de Vallejo, en su tesis universitaria de 1915, en su inicial juventud: "es una llama del amor de Dios, bajada al espíritu de la humanidad para enaltecerla e iluminarla, para vivificarla, manteniendo encendido el sentimiento de una ventura remota, de un paraíso celestial [...] Y este sentimiento de un amor puro, bendito por la mano de Dios, atraviesa la tierra como soplo de consuelo, haciendo vivir al hombre la nostalgia infinita por el Empíreo". Según Vallejo, esta noble y dolorosa vivencia del amor es la que, textualmente dice, "inspirara al verbo dantesco", y añade, "porque mientras más se descubre un aliento de cielo en él, más intensa y conmovedora es la atracción a la Gloria celestial, y es más triste y tormentoso hacer el viaje por la tierra, atravesar la cárcel mundanal..."<sup>2</sup>. Vallejo, quizá aún no cumplidos los 23 años, ha penetrado hondamente en el eros amoroso que inspira la palabra poética de Dante. Y es en esa misma nostalgia infinita que le hace exclamar años después, en su poema "La cena miserable": "Y cuándo nos veremos con los demás, al borde / de una mañana eterna, desayunados todos". Palabras aladas que rompen como una saeta lanzada hacia lo alto, una saeta de amor, la cúpula de la cerrazón en la "cena miserable", la de la "cárcel mundanal": de la que hablara en su juventud universitaria. "Nostalgia del Empíreo", dolor del retorno, anhelo pesoso y dulce, esperanzado de volver al lugar sin lugar, al horizonte ya sin horizonte, el Empíreo, el último cielo, más allá de las últimas estrellas y del confín mismo del gran cuerpo material del universo y a cuya llegada Beatriz transfigurada en su casi suprema belleza le anuncia a Dante: "... Noi siamo usciti fore / del maggior corpo al ciel ch'è pura luce, / luce intelletual, piena d'amore, / amor di vero ben, pien di letizia, / letizia che trascende ogni dolzore" (Par. XXX, 38-42)<sup>3</sup>. Dante y Vallejo, desde la cerrazón del exilio te-

2. Vallejo, *El Romanticismo en la poesía castellana*. 2a. ed. Lima, Juan Mejía Baca y P.L. Villanueva Editores, 1954, pp. 26-27.

3. Dante y Beatriz emergen del noveno cielo, la frontera material del universo, el cristalino, y dice: "Nosotros hemos salido afuera del gran cuerpo al cielo que es pura luz, luz intelectual plena de amor, amor de verdadero bien pleno de felicidad, felicidad que trasciende todas las dulzuras" (Par. XXX, 38-42).

restre, han abierto la eternidad, el ámbito infinito del ser, con las llaves leves de la palabra poética. Vallejo, desde la "cena miserable" de esta vida, donde estamos sumergidos en el clamor ("hasta cuándo estaremos esperando lo que no se nos debe... hasta cuándo este valle de lágrimas..."), desde esta tumba del tiempo nos ha abierto con palabras (aire noético) la visión de un paisaje transmortal donde estaremos todos al borde de una mañana eterna, ya sin hambre, sin nostalgia, sin penuria, desayunados de plenitud. Y Dante, desde la "ínfima laguna del universo" (Par. XXXIII, 22-23) hasta el Empíreo, añorado por Vallejo, ámbito transuniversal de pura luz, de pleno amor, de verdadero bien, de leticia que supera todas las dulzuras de la vida. Quizás ambos, Vallejo y Dante, han realizado la idea, en el misticismo persa de la angelología avicénica y que se remonta a los neoplatónicos, del ángel: "hermenéuta del silencio divino"<sup>4</sup>.

Buscando en *España, aparta de mí esta cáliz*, por indicación, también, de Ricardo González Vigil, encuentro en el texto del Poema I, "Himno a los voluntarios de la República", estas palabras: "Proletario que mueres de universo, ¡en qué frenética armonía / acabará tu grandeza, tu miseria, tu vorágine impelente, / tu violencia metódica, tu caos teórico y práctico, tu gana / *dantesca*, españolísima, de amar, aunque sea a traición, a tu enemigo"<sup>5</sup>. Aquí Vallejo ha incorporado la primigenia experiencia de lo grandiosamente dantesco, la palabra misma, dentro del tejido poético de su creación. Y con ello la palabra queda aséptica y bellamente redimida de toda contaminación vulgar y parcial. Es que en Vallejo lo "dantesco" asume proporciones de lo grandioso, sublime, intenso y profundo. Se trata del *amor*, más aún, de la *gana*, es decir de la *gana de amar*, más aún intenso, más aún profundo, más aún sublime, de la *gana de amar, aunque sea a traición, a tu enemigo*. Pues no es una gana cualquiera (aunque en el castellano peruano "gana" es un querer fuerte, un querer que viene de adentro, como del corazón, de las entrañas o,

---

4. Henry Corbin, *Avicenna and the Visionary Recital*, Bollingen Series LXVI, Pantheon Books, New York, 1960.

5. César Vallejo, *Obra poética completa*, Edición con facsímiles, Francisco Moncloa, Editores, Lima, 1968.

como quien dice, de los genitales, de los cojones en el caso del macho); se trata de una gana nada menos que *dantesca* de amar. Y recordamos las palabras de su tesis juvenil: "... es una llama de amor de Dios, bajada al espíritu de la humanidad para enaltecerla e iluminarla, para vivificarla...". Es, escribía Vallejo, años antes, "ese amor que inspira al verbo dantesco". Es con esta, con esta concepción noble, profunda e intensa que Vallejo tiene del amor dantesco y de lo dantesco de la gana de amar que hay que entender esta amar "aunque sea a traición", es decir, amar como sea, este amar, esta gana de amar "a tu enemigo", es decir, amar universalmente. Este amar dantesco, este amor proletario, lava a lo dantesco de su connotación monstruosa, horrenda, exclusivizada en el infierno que es el hampa miserable y abyecta de la vida humana deshumanizada, desespiritualizada, desamorada. Gana dantesca de amar es el gran amor que humaniza al hombre, desbestializándolo. En verdad, lo diviniza.

Hay otro texto en el que se muestra con aún más diáfana claridad que Vallejo es el lector poético de Dante<sup>6</sup>. Se trata de uno de los *Poemas humanos*, aquél que se inicia con "Me viene, hay días, una gana ubérrima". Y allí la palabra "Dante" aparece entretejida en la textura del poema. Es decir, la palabra "Dante", al incorporarse en el universo verbal de ese poema, se transfigura en palabra poética. Y así ya queda iluminada, como veremos inmediatamente, desde un rico y profundo significado propio que asume al insertarse en el contexto de las palabras. En esa iluminación emerge el rostro humano y poético de Dante, encubierto en el fondo de cada uno de nosotros, hombres que así aspiramos a ser humanos.

Transcribimos del Poema vallejiano lo esencial para nuestro tema:

---

6. Leopoldo Chiappo, *Escenas de la Comedia*, Vol. I, págs. 116-121, Vol. II, págs. 391-392, UPCH y CONCYTEC, Lima, 1987-1988. Ricardo González Vigil, Dominical/19 de *El Comercio*, Lima, 12 de julio de 1987. Roberto Paoli, *Mapas anatómicos de César Vallejo*, Messina-Firenze: D'Anna, 1981, págs. 99-100. Leopoldo Chiappo, "Dante y Vallejo", *La República*, 8 de abril de 1984.

"Me viene, hay días, una gana ubérrima, política,  
de besar al cariño en sus dos rostros,  
y me viene de lejos un querer  
demostrativo, otro querer amar, de grado o fuerza,  
al que me odia, al que rasga su papel, al muchachito,  
a la que llora por el que lloraba".

Desde el inicio el poema se abre de par en par en una intensa expansión amorosa. Hasta la palabra "política" asume su profundo significado amoroso, social, solidario, redimida poéticamente, creadoramente, de su sórdida significación habitual de turbio manejo de mezquinas ambiciones e intereses y elevada a la "gana ubérrima de besar". La política como acción práctica del amor y no como voluntad del poder como fin en sí mismo para los frecuentes hombres vulgares que la desvirtúan.

Es en este contexto de amor efusivo que aparece el texto:

... da ganas de besarle  
la funda al cantor,  
y al que sufre, besarle en su sartén,  
al sordo, en su rumor craneano, impávido;  
al que me da lo que olvidé en mi seno,  
en su Dante, en su Chaplín, en sus hombros.

Y todo ello en un:

¡Ah querer, éste, el mío, el mundial,  
interhumano y parroquial, provector!

Debe sentirse inteligentemente a fondo esto de "provector" del querer para ser ampliamente "mundial", intensamente "interhumano" e íntimamente "parroquial". *Provector*: "maduro, entrado en años, antiguo, adelantado o que ha aprovechado en alguna cosa". No es, pues, un querer nuevo, reciente, una *gana* volátil, sino como el vino de solera, añejo ("los viejos amadores, que son los ya ejercitados y probados... son como el vino añejo" escribió el poeta de los supremos San Juan de la Cruz). Es el *querer provector* de nuestro Vallejo.

"Ganas de besarle... en su Dante...". Ya Bocaccio había observado que Dante, hipocorístico con el cual se ha inmortalizado Durante Alighieri, quiere decir "el que da", es decir, se trata (tanto en italiano como en castellano) del participio activo del verbo "dar". Y en ello veía lo mismo que a Dante le gustaba ver según el gusto medieval de que "nomina sunt consequentia rerum", es decir, que los nombres de las personas tienen una relación estrecha con sus vidas, el destino de cada uno tiene una secreta vinculación significativa con el nombre y su etimología. Vallejo, con intuición poética y finísima sensibilidad para la palabra, rescata la significación del nombre propio del poeta Dante, insuflándole el sentido dinámico del verbo activo participial "dante", "quien da", el "dador", el que "siempre está dando", "donador", fuente incesante de la palabra poética, redentora del animal humano enclavado en la tristeza de la vida, en la "cena miserable". En la fuerza generosa del nombre-verbo "Dante" se reafirma y reaparece la intensa expansión amorosa con que se abre el poema (la "gana ubérrima, política de besar...")<sup>7</sup>.

Surge la pregunta: ¿De qué es "dante" Dante? Es decir, el poema dice de las "ganas de besar...". Recordemos las palabras del poema: quien es besado *en su sartén* es alguien que sufre ("y al que sufre besarle en su sartén"), y así el beso es al que sufre en su misma situación de sufriente, en el freidero de su dolor, "en su sartén". Y el beso es al "cantor", en la bufanda que lo abriga de su mal y de su frío y que, a pesar de ello, respondiendo noblemente a su mal y a su frío, canta. Repetimos la pregunta: ¿De qué es "dante", Dante? ¿En qué consiste la donación? Quien es besado en su sartén es alguien que sufre, quien es besado *en su Dante*, es decir, en su ser noblemente donante, es quien me da, no cualquier cosa, secundaria, superflua o accidental, sino nada menos y precisamente lo que es lo más importante, que es la donación de aquél quien "me da lo que olvidé en mi seno". Nótese la vinculación en-

7. Roberto Paoli había tratado en el mismo sentido el uso de la palabra "Dante". Transcribo: "tema de donación, de la ayuda de la ofrenda de amor que regula todo el poema" (*Op. cit.*, pág. 99). Y en la página siguiente: "Dante hipocorístico de Durante, pero percibido como donante" (*Op. cit.*, pág. 100).

tre "me da" y "Dante" y con ella esencialmente esto: ser el poeta Dante y, al mismo tiempo, "al que me da", identificados en el carácter supremo y único de la donación fundamental de la existencia: darme lo que olvidé en lo más profundo de mí mismo, en mi propio ser, en mi penetral, "*en mi seno*".

Pero ¿quién es este Dante de Vallejo? ¿Dónde está? Evidentemente se trata de Dante mismo, del poeta florentino, del autor de la *Comedia* luego llamada *divina*, del hombre que amó a Beatrice Portinari y que cumplió la promesa "di dicer di lei quello che mai non fu detto d'alcuna"<sup>8</sup>. Pero el poeta Dante entendido como quien en tanto donante, dante, puede en quien se aloja *darnos* lo que habíamos olvidado, lo que estaba cancelado, perdido, no en cualquier parte, ni siendo cualquier cosa adjetiva o adventicia, sino lo esencial de nuestro ser en lo más profundo de nuestro ser y que es *nuestro ser propio*. Se trata de pensar en la alternancia fundamental de la existencia humana: olvidar y recordar, enajenarse y apropiarse a sí mismo, descuidarse de sí *desviviéndose* y, lo contrario, recordar lo olvidado, cuidar de sí mismo, *viviendo*, sí viviendo auténticamente, sin falsificarse, sin deformarse, encontrando la forma viva del propio ser que se desarrolla viviendo desde sí mismo, desde la entraña, desde el propio seno. Entonces, quien es el donante por excelencia es quien me despierta lo olvidado en tanto olvido esencial. ¿Y qué puede ser asunto de olvido esencial? Únicamente lo que pertenece entrañablemente a nosotros mismos en cuanto potencia de vivir genuinamente y cuyo olvido es el desvivirse por todo lo que no merecía la pena de vivir. La suprema donación de un donante por excelencia no podía ser otra cosa que eso: el rescate de lo olvidado, de lo que ya no sabíamos siquiera que habíamos perdido por habernos estado entregándonos a otras cosas que nos sacaban de nuestro ser, desfigurándolo.

---

8. "Yo espero decir de ella aquello que jamás fue dicho de ninguna mujer". Dante, *Vita Nuova*, XLII, Aldo Garzanti, Editore, gennaio, 1977. Con una guida a la lettura di Edoardo Sanguinetti, Note a cura di Alfonso Berardinelli.

Y queda la otra pregunta: ¿dónde está este Dante de Vallejo? Pregunta que equivale a preguntarse: ¿En quién se aloja este Dante profundo visible en el Poema de Vallejo? Volvamos al sentido del poema. La gana ubérrima y política de besar, este querer mundial, interhumano y parroquial, provector, que viene desde el cimiento, son una *gana* y un *querer* que desbordan de intensidad, de grandeza y de ternura ("al que suda, al que pasa, al que sacude su persona en mi alma..." y "quiero acomodarle al que me habla su trenza, sus cabellos al soldado"). Y entonces vemos con claridad súbita de intelección apuñaleante, honda y sublime que ese "querer demostrativo", esa "gana" abundante riquísima, en suma, ese amor humano transfigurado en efusión divina, se dirigen al hombre, a todos los hombres, a cada hombre, y con dulzura y desgarramiento infinitos, el amor de un Dios hecho Hombre o del hombre divinizado en nobleza de amar. Vallejo nos dice, en el mismo poema, que quiere plancharle directamente un pañuelo al que no puede llorar, lavarle al cojo el pie; es decir, esta inmensa ternura de amor grande, esta grandeza de amor, esta magnanimidad se extiende a todos y encarna como flecha incendiada de amor precisamente en el punto medular, en el hondón de cada hombre, incidiendo en lo que le es peculiar, propio. Y así el beso al que sufre "en su sartén" y a cada hombre, a todos los hombres que tienen la generosa e innata capacidad de donarnos el recuerdo de lo que habíamos olvidado, el beso es "en su Dante, en su Chaplín, en sus hombros" (Vallejo agregó estas palabras completando el suspenso aún inacabado del anterior verso ya mecanografiado, tal como aparece en el facsímil del autógrafo de la edición de Francisco Moncloa).

¿Quién es Dante, entonces? ¿Dónde está, pues? Dante es la grandeza que está en cada hombre. Dante es el exiliado, el sufriente, el angustiado, el amante que llevamos dentro y gracias al cual todos tenemos la capacidad de despertar en nuestros humanos hombres humanos lo que habían olvidado en su seno, es decir, la capacidad de vivir desde sí mismos, desalienados. Son los hombres, compatriotas de amor, para quienes bien podría inventarse la palabra, hombres *almados* (oigamos bien, no armados ni desalmados, sino *almados*, mis compatriotas). Pues el que nos ama es nuestro Dante, el que nos despierta lo que habíamos olvidado en nuestro seno,

nos hace vivir y ya no nos desvivimos más. Me dona la única, la verdadera donación: el recuerdo de mi olvido entrañal. Todo otro regalo no es sino el rito, el símbolo, la liturgia cotidiana del sagrado regalo que me da quien me ama y que puedo dar a quien amo.

Estaría tentado a repetir que la palabra "Chaplín" afina de tristeza y humor recóndito el puente que lleva de "Dante" a sus "hombros". Pero, después de la observación de Ricardo González Vigil, retiro la palabra "matiz" y suscribo la opinión suya de que "el verso de Vallejo no hace que Chaplín dependa de Dante, no lo reduce a un matiz suyo; más bien los torna equivalentes en la acción de dar, de entregarse amando, de servir de hombros para sostener al prójimo"<sup>9</sup>. Sí, es verdad, los "hombros" que sostienen al prójimo y con entera nobleza, pues es, con la imagen del *cargar a pesar de todo*.

En suma, el *quién* y el *dónde* de la palabra "Dante" en el poema de Vallejo adquiere una doble significación: la personal, el poeta; la universal, todos los hombres. Actualmente los *almados*, potencial y esperanzadoramente los *pre-almados* y, quizá, los *desalmados*, también. Dante es el poeta de la realización suprema, donador de beatitud infinita, concededor de todos los dolores y miserias humanas. Dante es el poeta de "l'amor che move il sole e l'altre stelle" (Par. XXXIII, 145). Hombre es Dante, como todo hombre, de una u otra manera quebrado y fecundo en el exilio. No estatua, sino habitante secreto en el penetral del hombre, de todos los hombres, de cada hombre, cuya capacidad ubérrima de amar despierte en cada amigo-hombre lo entrañablemente olvidado, saber vivir desde sí mismo, auténticamente. Dante y Vallejo, Vallejo y Dante, hombres ambos, ambos hombres quebrados y fecundos en el exilio, como es destino del hombre humano. Vallejo y Dante, Dante y Vallejo, ambos poetas, hermenéutas del divino silencio, como el ángel de Avicena, el sabio persa. Ambos, Dante y Vallejo, Vallejo y Dante, dignos de ser llamados, cada uno, "poeta sovrano", "signor dell'altissimo canto / che sovra li altri com'aquila vola" (Inf. IV, 88, 95-96). Y, en verdad, Dante y Vallejo, Vallejo y Dante, dos cumbres de la verdadera humanidad.

9. González Vigil, *Op. cit.*, p. 344.